

# Abrazos

Daniel Nesquens y Rafa Vivas



Algar Joven

Todos tenemos algo que contar

*Enviado el 9 de mayo, martes*

Querido Rafa:

¿Puede un ser humano llegar a comprender plenamente a otro?

Más concretamente: ¿podré algún día llegar a comprenderte?

Gracias por tu llamada, por tu regalo. No he dejado que pasaran más días. Acabo de hacer uso de tu presente. Un regalo envenenado, solo a ti se te ocurre obsequiarme con una cena para dos comensales en el mismo restaurante japonés que tú ya sabes...

Afortunadamente, el restaurante estaba vacío, la gente no sale un martes a cenar y menos cuando una lluvia intransigente cae sobre Zaragoza.

Al entrar en el restaurante sonaba el final del primer acto de *I Pagliacci*, de Leoncavallo. Giuseppe Di Stefano, inconfundible, cantaba aquello de «Ah, ridi, Pagliaccio sul tuo amore infranto».

El suelo de madera ha crujido y he tragado saliva. Cómo me gusta «Vesti la giubba».

En aquel mismo local, en la mesa más cercana a la pequeña barra donde está la máquina de café, Mariasum me confesó que otra persona se había interpuesto entre nosotros. Me lo reveló justo en los postres, mientras hundía la cucharilla en el helado de judía roja. Terminó su postre, alzó la mano y chasqueó los dedos pidiendo la cuenta. Dejó caer un beso en mi frente y escribió el nombre del «asesino» en un trocito de papel.

–Pero si se está quedando calvo –le dije poniéndome en pie. Y todos los comensales me miraron con pena, con lástima, sabiendo que me había quedado más solo que la una, sabiendo que el desamor solo se cura con amor, o con tiempo.

–No me importa –me contestó, sin darse la vuelta. Y desapareció para siempre de mi vida. Igual que llegó, marchó.

Aquella misma noche me lo confirmaste con tu llamada: tu hermano Ramón me había birlado mi chica.

–Tengo algo terrible que decirte. ¿Estás sentado? –me previniste.

–Lo sé todo. Ahora entiendo a qué obedecía tanto viaje a Madrid. Lo sé, Rafa. Lo sé. El cerdo

de tu hermano me ha vuelto a jugar una mala pasada –me lamenté.

–Hombre, no sé si estás utilizando la palabra apropiada –me dijiste.

De aquella llamada han pasado más de dos mil nubes sobre mi cabeza (hace semanas que ya he dejado de contarlas); pero, como ya sabes, afortunadamente, por fin veo luz en mi particular túnel.

Le he enseñado al metre la tarjeta que me has enviado como regalo de cumpleaños. Ha esbozado una sonrisa y en su regular español me ha contestado: «Todo está *aleglado, señol*. Pase, pase. Pero el *pelo...*». Yo creo que me ha reconocido nada más verme y que por eso, y porque estábamos solos, ha accedido a que Groucho cenase a mi lado. Groucho ha ladeado la cabeza y ha ladrado dándole las gracias.

Todo estaba buenísimo. Groucho ha cenado media docena de unas bolas de arroz rellenas de *umeboshi* (ciruelas secas encurtidas en sal) y envueltas en un tipo de alga marina que se llama *nori*. Yo, una ensalada de algas, pulpo y pepinos, un plato de *sashimi* de atún crudo, y he terminado con un excelente helado de té verde. Todo acompañado de una cerveza japonesa que cambiaba de sabor a

medida que pasaban los minutos. El sake ni lo he probado.

Cuando he salido del restaurante la lluvia era tan fina que ni siquiera parecía lluvia. He salido y he buscado la luna. No estaba.

Amigo Rafa, hoy no solo he cumplido veintiocho años. Te recuerdo que dentro de muy poco se cumplen diez años desde vuestro éxodo a Madrid, cuando estaban las notas del examen de selectividad por salir. Cuando os fuisteis en aquel Peugeot 307 sin aire acondicionado que os robaron a los pocos días de llegar a la capital. Con tu hermano, ya entonces, haciéndome la mosca.

Diez años de cartas, de llamadas y, ahora, de correos electrónicos. Diez años ya, quién lo iba a decir.

Pero tu regalo no ha sido el único. ¿Te acuerdas de mi vecina de abajo, la viuda, la que tiene un hijo en Alemania, la que vive en el principal, la que al sonreír deja al descubierto un incisivo de oro, la que tiene las cenizas de su marido encima del televisor, la que tiene un cartel en la puerta de su casa en el que prohíbe fumar en el interior bajo multa de 100 euros, la que pinta al óleo, la que tiene un loro? Ella también me ha sorprendido con otro regalo: la colección completa de Thor. Ha llamado

a la puerta, me ha felicitado, me ha entregado una caja de cartón con los cómics dentro, me ha dado dos besos y se ha echado a llorar. Se ha dado media vuelta y, sin abrir la boca, ha bajado las escaleras.

—¿Le ocurre algo doña Montse? —le he preguntado con la caja en la mano, sin saber qué había en el interior, sin saber qué hacer.

Justo cuando cogía las llaves para cerrar la puerta y bajar a su casa, ha sonado el teléfono: más felicitaciones. Mi padre, mi madre y mi tía Victoria me mandaban sus parabienes desde su retiro en Salou. Hay que ver lo bien que vive la tercera edad. Mi padre, siempre tan práctico, que si ya había resuelto el problema de la gotera del grifo de la bañera; mi madre, que si me regalaba una camisa de rayas o una camisa sin rayas; mi tía, que había conocido a un ruso que había recorrido en trineo más de nueve mil kilómetros: desde el lago Baikal hasta la Plaza Roja de Moscú. Él solo, con la única compañía de sus ocho huskys siberianos. A menos de setenta grados centígrados. Se llama Miguel...

—Y se apellida Strogoff —le he interrumpido.

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

—Vamos tía Victoria, que ya no cumples los setenta...

Y me ha colgado.

Dos minutos después estaba llamando al timbre de mi vecina. Pero, por lo que sea, no me ha querido abrir.

—Sé que está dentro —le he dicho desde la puerta. Pero no me ha abierto. Algo gordo le ocurre a mi vecina.

En la esquina inferior del computador (me gusta esta palabra) faltan cinco minutos para las cero horas. Te mando este correo y me voy a la cama.

Un abrazo. Y mil gracias.

Daniel